

RELACIONES DE GÉNERO EN LAS PAREJAS DE LESBIANAS: UNA AUTOETNOGRAFÍA FEMINISTA

María Alonso Vidal¹

¹Doctora. Grupo de Investigación OTRAS. Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres y del Género. Universidad de Granada. E-mail: mariaalonsovidal@gmail.com

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo dar a conocer la investigación que precede a la tesis: “*¿No irá a hacer una tesis sobre sus amigas? Relaciones de género en las parejas de lesbianas*”. El texto consta en dos partes. Un primer acercamiento justifica la intención del trabajo, los interrogantes surgidos alrededor de la temática –muy relacionados con las motivaciones para elegir la metodología utilizada–, así como la necesidad de usar unos conceptos y no otros según mis posicionamientos como feminista, lesbiana y mujer.

En la segunda parte se profundiza en la autoetnografía. Se exponen las dudas y cuestionamientos surgidos al respecto, a partir del debate existente en torno a técnicas de metodología cualitativa que carecen de los requisitos que el paradigma positivista tradicional impone para la realización de lo que se entiende como investigaciones con “rigor científico”. De modo que, se refleja el cuestionamiento en cuanto a la subjetividad como forma de generación de conocimiento neutro, abstracto y universal. Así como la preocupación por la exposición final del mismo: por la inquietud que supone presentarlo en primera persona y con fragmentos, que más podrían ser interpretados como propios que de otras disciplinas literarias.

Palabras clave: lesbianas, mujeres, género, poder, autoetnografía

ABSTRACT

This article aims to raise awareness of the research that precedes the thesis: “*¿No irá a hacer una tesis sobre sus amigas? Relaciones de género en las parejas de lesbianas*”. The text is composed of two parts. An initial approach justifies the intention of the work, the questions proposed around the theme – which are related to the motivations for choosing the methodology used–. This part describes how the investigation process was made, as well as the need to use some concepts for analysis –and not other concepts–, according to my positions as a feminist, as a lesbian and as a woman.

The second part deepens the autoethnography elaborated from feminist anthropology. Doubts and questions raised in the existing debate on qualitative methodology techniques are presented, for lacking the requirements that the traditional positivist paradigm imposes on the realization of what is understood as a research with “scientific rigor”. Given my training in this paradigm, the text reflects my

own uncertainties about subjectivity as a form of generation of neutral, abstract and universal knowledge. In this line, the concern about the final statement of the text is also expressed, that is, the concern that involves presenting it in the first person, and some fragments that could be interpreted as from my own style instead of other literary disciplines.

Key words: lesbians, women, gender, power, autoethnography

1.- Introducción

Resulta interesante, casi un reto emocionante, siendo lesbiana, realizar una investigación en la que se interroga la posibilidad de que las relaciones de pareja lésbicas puedan ser consideradas relaciones género. Sin embargo, no es fácil la toma de decisiones que conlleva la investigación cuando una es jueza y parte en el mismo; cuando se es sujeto investigador e investigado –*in and out* en el campo (Enguix, 2011). Y, además, si en el proceso están involucrados vínculos estrechos con otrxs sujetos de estudio, así como la propia intimidad. Todo ello teniendo en cuenta que, para llevarlo a cabo, nos encontramos enmarcadas en un “paradigma dominante de la neutralidad del conocimiento científico” (Carmen Gregorio, 2014: 301), que espera, a toda costa, como resultado una verdad neutra, única y objetiva.

2.- El por qué de la investigación

Después de muchos años de militancia en el movimiento LGTB¹ y viviendo en relaciones lésbicas, me detuve a observar mi comportamiento y el de mis parejas, alertada por una creciente sensación de malestar, proveniente de la dinámica de la interacción mutua dentro de la cotidianidad. Mientras hacía este ejercicio, comparaba nuestras relaciones con las heterosexuales, por esa inercia que tenemos de medirnos con la norma. Y pensé que, en realidad, no percibía tanta diferencia entre la forma de actuar de unxs y otras en la convivencia. Aunque nosotras² –gracias a una fuerte tradición feminista lesbiana, o “a que, a las que preferimos renunciar al “mito de la mujer”, se nos coloca necesariamente en el lugar de la transgresión” (Virginia Cano, 2015:69)–, hubiéramos creído que íbamos con un paso por delante de las parejas heterosexuales, sólo porque, al no tener al opresor en casa, éramos más libres.

En 1991 Michael Warner definió heteronormatividad como la búsqueda de normalización de la heterosexualidad como conjunto de las relaciones de poder, por el que la sexualidad se normaliza, las

¹ El Movimiento ha ido sumando siglas según se adherían colectivos a lo largo de los años. Por eso yo voy a sumar o restar en función del momento al que me refiero cuando hablo. Durante el tiempo que duró mi militancia, las siglas llegaron a incluir a gays, lesbianas, bisexuales y transexuales, si bien empezamos sólo con gays y lesbianas.

² Con ese “nosotras” me refiero a lesbianas que han participado en esta investigación. Durante años, la mayoría hemos militado en una asociación de la FELGTB y teníamos tendencias feministas. Evidentemente, no todas las lesbianas son feministas y, de hecho, no todas las que participaron lo eran. Y aún siéndolo, no todas eran feministas lesbianas; algunas lo fueron, y con el tiempo modificaron su posicionamiento. Tampoco todas las lesbianas son activistas, como no todas son visibles. Con todo, esta investigación está realizada con el objetivo de que pueda ser leída por cualquier persona que mantenga relaciones lésbicas.

relaciones heterosexuales idealizadas –según la cual los contrarios se atraen–, se institucionalizan y se equiparan con lo que significa ser humano. Sin embargo, en el momento en el que yo empezaba a detectar mis malestares, aún no conocía el significado real de este término. Así, para mis análisis utilizaba heterosexualidad y heteronormatividad como sinónimos, entendiéndolos como un arquetipo de relación opresiva para las mujeres, al que ellas simplemente entraban por inercia vital y el desconocimiento de una alternativa mejor.

Otro de los motivos que me llevaron a plantearme analizar mis relaciones –y las de otras lesbianas–, fue hacerme consciente, no sin cierta perplejidad, de que dentro de nuestras parejas también se daban situaciones de violencia. Sin embargo, nadie las denominaba “violencia de género” a pesar del contexto, como sí ocurría en situaciones análogas –o análogas me parecían a mí– en el seno de algunas relaciones heterosexuales. No añadir la especificación “de género” para estos casos, pudiera parecer coherente, desde el planteamiento de que no puede darse una situación de género, si no existe un hombre en la relación. Por eso, a la violencia que se da entre nosotras, a lo sumo, la han venido a llamar “violencia intragénero” (Aldarte, 2010). Sin embargo, algo no me dejaba estar de acuerdo con esta idea. ¿Qué ocurría en mis parejas lésbicas para que, viviendo supuestas relaciones igualitarias, yo percibiera desigualdad de género? ¿Tal vez nos estábamos comportando como hombres y mujeres en pareja y, realmente, no hacíamos más que imitar el modelo?

Para un primer acercamiento al respecto, y con la idea de un paralelismo entre masculinidad/hombre y feminidad/mujer, con los presupuestos jerárquicos que conllevan los binarismos³ –los de género también–, decidí preguntarles a las lesbianas más cercanas, si ellas sentían que ejercían roles en sus parejas (Aldarte, 2010: 11). Mi pregunta supuso, poco menos que un insulto en ambos casos, pues las estaba encasillando en posiciones que socialmente les resultaban incómodas. Por un lado, porque se cuestionaban qué me hacía colocarlas a cada una en ese lugar, ¿la estética, el reparto de tareas de casa, etc.? Por otro, porque con esa separación, la que intuyera que actuaba como mujer, cumplía con un papel de ser débil, dócil y servil. Y la que hiciera de hombre, sería leída como la opresora. Todas se sacudían semejantes atribuciones.

Entre tanto, aún no me había dado cuenta de que el concepto de género que estaba usando, como la dominación estructural del hombre sobre la mujer, no era válido para mi contexto, pues nuestras relaciones se construyen sin hombres. Me planteé entonces compilar otro que pudiera ser aplicado a las relaciones lésbicas y que, de hecho, fuera la aportación de mi tesis. Aunque no fue necesario. En el proceso de profundización teórica para la investigación, me encontré con feministas como Joan Scott (2011). Esta historiadora feminista afirma que se ha considerado el género como una de las formas básicas de relación y estructura social en la que ha sido predominante una noción de poder directa opresor-oprimido. Sin embargo, ella pone de relieve una construcción más compleja, en cuanto a la noción de poder, y se pregunta, “¿cómo actúa el género en las relaciones sociales

³ La sociedad heteropatriarcal categoriza en pares jerarquizados: hombre/mujer; masculino/femenino; heterosexual/homosexual, donde la primera parte se impone sobre la segunda.

humanas?” (2011:5). Scott nos proporciona así, un concepto que parte de dos presupuestos conectados, donde cada uno consta de sus propios elementos que se convierten en unidades de análisis por sí mismos.

La primera parte del planteamiento va a tener en cuenta cuatro elementos incardinados –a los que yo, de acuerdo con Maquieira (2008), añado la **división del trabajo**, espacio en el que se define el género en sí mismo–. Los propuestos por Scott son:

- los **símbolos** que existen en la sociedad, que suponen representaciones generalmente binarias y contradictorias unas de otras, y que definen lo bueno y lo malo en cuanto al modelo establecido. Un modelo normativo extendido a través de la educación, la ciencia, la religión, la política, los medios de comunicación, etc., a modo de discursos de poder/saber. Se trata de ideas compartidas sobre la forma correcta de comportamiento de las personas en función de su rol social, que proporcionan interpretaciones sobre el significado de estos símbolos. Así, ie., el comportamiento del símbolo que es socialmente la virgen María, la convierte en una buena mujer, mientras, por contraposición, el de María Magdalena se reconoce como un símbolo negativo.
- **El discurso** normativo determina la norma, y también el rechazo de opciones alternativas fuera de la misma. La normatividad –como ocurre con la heterosexualidad obligatoria– es establecida como dominante y expuesta como si se hubiera llegado hasta ella a través del consenso, obviando el rechazo de opciones alternativas como la homosexualidad.
- Las **instituciones**, entendidas como “un sistema de normas para hacer cosas” (Maquieira, 2008:170), que proporcionan el contexto para que se construyan relaciones de género en las organizaciones sociales –familia, la escuela, las empresas, etc–. Éstas se configuran como una intrincada red de relaciones de poder generizadas, así la posición de hombres y mujeres en las familias, por ejemplo.
- El cuarto elemento para el análisis es examinar cómo se construye **la identidad subjetiva**. La construcción del yo como sujeto sexo/generizado –¿quién soy?; ¿soy un hombre o una mujer? La identidad de género es la primera clasificación que hacemos de nosotrxs mismxs; y lo hacemos mediante un complejo proceso de identificación con las *atribuciones de género*, es decir, con lo que socialmente se ha definido y se espera de nosotrxs en función del modelo femenino –o masculino y rechazo del contrario– y según nuestrx cuerpo biológico. De modo que, se tienen sentimientos de pertenencia al grupo identificado (a las mujeres, por ejemplo) y distancia del otro (los hombres). Para la historiadora, la biografía es una buena manera de examinar la construcción de la identidad individual, a través del análisis de nuestras experiencias (Scott, 1992) y el cuestionamiento de las instituciones por las que pasamos a lo largo de nuestra vida –el amor, la maternidad, el matrimonio, etc–. También es válido el análisis de la construcción de la identidad colectiva –el nosotrxs como grupo–.

La segunda parte del planteamiento de Scott, propone que el género es una forma primaria, aunque

no la única, en la que se articula el poder, estructura la forma de percibir y organizar la vida social.

Decidí, entonces, utilizar el género como la categoría de análisis crítico que proponía la historiadora. Una herramienta por la que, **problematizando la oposición hombre/mujer**, se pueden detectar y deconstruir situaciones de subordinación sexual en una sociedad y en un momento histórico dado. Situaciones que conllevan procesos de poder tan enredados, que es difícil desentrañarlos; y más, si tenemos en cuenta que el género intersecciona con otras categorías como la clase, la raza, la edad, la nacionalidad, discapacidad, etc., favoreciendo diferentes escenarios de poder⁴. A modo de paralelismo sencillo, en el ámbito de la cotidianidad, podríamos decir que el género nos sirve como traductor (Molina, 2000) o decodificador (Scott, 2011) de experiencias. De manera que, mirando con *perspectiva de género* se puede deconstruir la realidad y poner al descubierto la ideología heteropatriarcal.

Convencida de que la desigualdad de género conlleva una situación de poder, mi siguiente paso fue preguntar a las lesbianas que me rodeaban si era posible que en nuestras parejas se dieran relaciones de poder. La respuesta entonces sí fue afirmativa (Beatriz Gimeno, 2009). En los primeros años de activismo en la Asociación –principios del 2000–, estas respuestas eran como un susurro, pues en ese momento, afirmar que se daba poder en relaciones que se consideraban igualitarias –al estar formadas por “lo que se entendía”⁵ que son dos mujeres, el sexo socialmente subordinado–, resultaba poco menos que una ofensa. Posiblemente, como decía, esto tuviera que ver con la tradición que nos hizo pensarnos transgresoras por haber sido capaces de escapar del sistema heterosexual, manteniendo así relaciones igualitarias. Contestar a esa pregunta, era como asumir con vergüenza la afirmación de la respuesta. Con los años –lo pude cerciorar con las entrevistas del trabajo de campo–, las cosas se relajaron, y cada vez fue más común escuchar una contestación afirmativa con naturalidad, “por supuesto, entre nosotras se dan relaciones de poder, es que el poder está en todos sitios”, me contestaba Ana, una de las entrevistadas para la investigación. Así lo afirma la lesbiana Yuderkis Espinosa (2007):

Si hoy alguien me preguntara qué pienso respecto de los formatos de pareja lesbiana más difundidos, estaré de acuerdo en advertir la existencia de relaciones de poder en todos y cada uno, no sólo en uno de ellos. También relativizaría el prejuicio de la reproducción de los roles «hetero» porque creo que ya en la reproducción hay corrimientos importantes que alteran significativamente el modelo establecido por la heterosexualidad. De todas formas, creo que el peligro siempre existe y que es necesario preguntarnos todo el tiempo, y en todos los formatos de pareja que adoptemos, sobre las operaciones de poder, que son múltiples, complejas y cotidianas (2007:161).

⁴ Uno de los miedos del feminismo ha sido el de que, al interseccionar diferentes categorías (Platero, 2012), el género perdiera peso como herramienta de análisis crítico –que se perdiera de vista que ser mujer en una sociedad heteropatriarcal es la primera y más importante discriminación– y, por extensión, el feminismo viera mermada su fuerza de resistencia, su capacidad como movimiento que lucha por las mujeres. Sin embargo, pienso que la intersección de las categorías es una manera de visibilizar diferentes realidades que generan diferentes identidades. Si para cada lucha ponemos el acento en una de las categorías que nos atraviesan, estaremos utilizando las identidades como estrategia, y llegando a más realidades con problemas. Por eso, yo soy consciente de que esta investigación, centrada en lesbianas de Granada, si bien visibiliza nuestra realidad, no tiene por qué ser útil para la vivencia de las lesbianas gitanas, negras, etc.

⁵ Monique Wittig (2006) considera que las lesbianas, al abandonar conscientemente la heterosexualidad, escapamos a la categoría sexual que por biología socialmente nos hubiera correspondido, la de mujeres. Por eso hay lesbianas que no se consideran mujeres; mientras, hay otras que se piensan mujeres, y reivindican que lo son, pero diferentes a las construidas por la sociedad.

Lo que necesitaba, entonces, era averiguar si éste se podría considerar poder generizado. En ese momento cayó en mis manos la tesis de Norma Mogrovejo, *Un amor que se atrevió a decir su nombre* (2000). La *lesbianóloga*, como ella misma se denomina, se planteaba algo parecido a mi cuestionamiento, dándome con su respuesta otro camino a seguir:

el género, definido desde la relación binaria varón-mujer ha sido inadecuado para explicar las dinámicas lésbicas cotidianas donde no hay "un otro", contrariamente, hay una igual, otra mujer. Políticamente hablando "el otro" como construcción colectiva tanto para lesbianas, homosexuales y otros seres sexuales disidentes, sería la heterosexualidad obligatoria (2000, 29-30).

Entonces reformulé mis preguntas: ¿no será más adecuado analizar cómo nos relacionamos las lesbianas con la heterosexualidad obligatoria? ¿Cómo nos comportamos –y por qué– en las instituciones heterosexuales y bajo sus normas? ¿Construimos heteronormatividad, aunque no practiquemos la heterosexualidad, cuando actuamos en sus instituciones? Es decir, ¿construimos género, aunque no haya un hombre en nuestras relaciones, dado que en nuestra interacción con el sistema, la figura masculina simbólica es el propio sistema y sus instituciones? ¿Construimos género porque la dinámica de nuestras relaciones insertas en esta matriz heterosexual nos hace reproducir heteronormatividad? ¿Forma parte del proceso que nosotras mismas hayamos sido construidas, de alguna manera, como sujetos sexogenerizados dentro de la categoría mujer?

A partir de ahí relacioné el concepto de género de Joan Scott (2011) con otras teorías. Me acerqué a Foucault (1980), y a su manera de entender el poder, cómo se ejerce, dónde y por quién. El filósofo francés determina una teoría del poder de carácter local, por la que éste se puede generar en cualquier parte, a nivel micro o macro; es una fuerza que no puede existir por sí sola, y que se pone en práctica en relación con otras fuerzas. Dos individuos libres en el desarrollo de una relación de poder se convierten en sujetos, donde uno ejerce fuerza, y otro resistencia. De modo que en la interacción de la relación de poder se crea realidad, prácticas, discursos.

Además, me acerqué a la idea de la heterosexualidad obligatoria (Adrienne Rich, 1986) como un sistema de opresión político (Monique Wittig, 2006). Y llegué a Judith Butler (1990) que considera el género que se da en la matriz heterosexual –nombre con el que denomina a la heterosexualidad como sistema político de opresión–, como una *performance*, es decir, como la actuación obligatoria y reiterada, a lo largo del tiempo, de unas normas sociales –que nos llegan en forma de discursos, costumbres, representaciones, etc.–, que imperan desde antes de que nazcamos y con cuya actuación construimos realidad.

Con este marco teórico, y para dar respuestas a mis inquietudes, analicé el discurso y las prácticas de nuestra vida en pareja, tanto las mías como las de otras lesbianas. Y es que utilizamos instituciones heteronormativas para relacionarnos, y en nuestra interacción a través de ellas, performamos género.

Así es como nos constituimos en parejas o en matrimonios monógamos, abanderando el amor romántico fiel y eterno; hacemos uso de la maternidad⁶, cada vez más, partiendo de presupuestos biologizantes; y convivimos practicando la división del trabajo. Estas instituciones nos devuelven a la heteronormatividad al performarlas. La fuerza de la matriz heterosexual es tal, que salvo un pensamiento crítico muy fuerte, como sería el de algunos feminismos –y, a veces, ni siquiera eso suficiente–.

A continuación traigo como ejemplo algunas escenas reales o de ficción, aunque basadas en la realidad, que dan cuenta de lo que digo. Desde ellas, y utilizando las herramientas teóricas que nos dejan lxs autores referidos anteriormente, pretendo visibilizar cómo las lesbianas, al usar las instituciones heteropatriarcales en nuestra cotidianidad, performamos género, y también construimos realidades generizadas:

La boda

Pavor era lo que sentía al pensar en decirle a su padre que su novio se llamaba Alicia. Con quien era él, no lo aceptaría nunca. Pero..., y qué podía hacer si ya habían planeado que se casaban en junio. No iba a celebrar su boda sin decírselo. No podría soportar las consecuencias. Además, era su hija pequeña, había heredado su empresa y contaba con él para todo; bueno, para casi todo. Necesitaba armarse de valor y hablar antes de que se enterara por otrxs; su familia era demasiado conocida para guardar el secreto. De todas maneras, que una está casada, no es algo que se pueda mantener oculto siempre. Y para colmo, estaban pensando tener un hijx, y eso sí que no se esconde.

...

Se lo dijo en una sobremesa –whisky en mano–. Se había armado de valor y estaba preparada para el chaparrón. Aun así, había avisado a su madre por si las cosas se salían de tiesto. Ella siempre era una excelente mediadora y, si bien es cierto que le hubiera gustado que su hija se casara con un buen hombre cristiano de su posición, hacía tiempo que con solo mirarla se había convencido de que eso no ocurriría jamás. Teresa le recordaba más a su tío Luis que a cualquier mujer –de dentro o de fuera de su familia–. Lxs dos tenían el mismo don de dirección. Eran serixs, durxs, firmes y austerxs en sus decisiones, y más en lo referente a sus negocios; pero, sobre todo, tenían la misma complexión corporal y los mismos andares. No estaba, por eso, demasiado preocupada por la reacción de su marido ante la noticia. Imaginaba que, como ella, él tampoco era ciego y tenía dos dedos de frente para saber que su hija más parecía un hijo. Lo que sí estaba rumiando, era el tema de la boda. Una cosa es asumir que tu hija es de la acera de enfrente que, al fin y al cabo, nada se puede hacer (cada unx con la intimidad de su alcoba); pero otra bien distinta, es lo de airear la intimidad casándose, ¡y con Alicia....! Ella ya lo había asumido, llevaba años tratando a la

⁶ Durante mucho tiempo la maternidad entre las lesbianas no estuvo de moda. Al contrario. Solía ocurrir que las que tenían hijxs de relaciones heterosexuales anteriores, los aportaban en sus nuevas relaciones lésbicas. Pero esto no siempre fue bien recibido por quienes clasificaban a las lesbianas en *puras o innatas*, y en *elegidas* (Ángela Alfarache, 2003), considerando a las elegidas, como lesbianas de segunda por haber mantenido relaciones con hombres. En la actualidad, el matrimonio obligatorio, sin el cual no se puede ser madre, y las técnicas de reproducción asistida, por las que ya no se necesita un coito heterosexual para la procreación, han favorecido todo un *homobaby boom*, un efecto llamado por el que el deseo de maternidad se acrecienta al existir la posibilidad.

venezolana, y si es verdad que los de allí no le gustaban demasiado, la chica parecía diferente, era más alta, muy guapa, eso hay que reconocerlo, y siempre la acompañaba a misa. Pero..., con la de rubias y blanquitas que se ven en las telenovelas, ¿es que su hija tuvo que fijarse en la más “morena”, para dificultar las cosas con el padre? Darle vueltas a eso la tenía un poco alterada y no la dejaba conciliar el sueño en las últimas noches.

...

Se lo soltó en el quinto trago y así, como quien no quiere la cosa, “Papa, me caso con Alicia”. El hombre no tardó en reaccionar —a pesar de que era de movimientos lentos—, llevaba años esperando una noticia semejante, aunque no pensó que su hija se atreviera a casarse y menos con una... de la parte de abajo del mundo. Menos mal que la chica estaba buena, y eso minimizaba de dónde viniera. En cualquier caso, no entendía por qué nadie se lo había dicho antes. ¡Era evidente, hacía tiempo que iban juntas a todos sitios! Pensarían que era tonto, encima. Estaba seguro de que su hija era la comidilla de la empresa —gracias a dios, la había educado para que tuviera mano firme y pudiera medirse con cualquiera—. “¿Lo sabe tú madre?”, le preguntó lacónico y sin mirarla de frente. Le preocupaba lo que ella pudiera pensar —a las mujeres les cuesta el qué dirán—, aunque imaginaba que tampoco era ciega y ya se habría hecho a la idea de que su hija menor con un vestido —da igual si blanco o negro— camino del altar, iba a ser como un santo con un par de pistolas. “Está bien —se adelantó a la respuesta—, pero preparas una boda en condiciones. Si van a hablar, que hablen con motivo. ¿Tenéis fecha? Pues reserva salones en el hotel San Benedicto y avisa a la familia; mi hija la pequeña se casa y tiene que ser sonado, que esto es solo una vez en la vida”.

...

Y fue sonado. Al banquete acudieron quinientas personas, con lista de boda, tres platos y barra libre. La novia llevaba un vestido marfil de encaje, y tiró el ramo, entre risas, a todas las mujeres casaderas que había en el hotel. La otra novia, la hija de su madre y de su padre, que tampoco estaba ciega, optó por un traje de chaqueta y pantalón del mismo color que el vestido de su esposa. Si los niños vinieron, eso aún no lo sabemos. (Relato ficticio. María).

oooooooo

Dos de las cosas que más me gustaba hacer cuando estaba con Alba, eran pasear y pasar tiempo con ella. Me encanta pasear; igual que entonces pasar tiempo con Alba. Sin embargo, para ella pasear es más bien algo desagradable, “¿andar sin tener que ir a ninguna parte, para qué?”. O, “¿Y si cogemos un taxi?”, me ha roto la ilusión cien veces, si alguna vez hemos tenido la oportunidad de ir a algún sitio dando un paseo juntas. Durante un tiempo intenté negociarlo, hasta que me di cuenta de que tenía la batalla perdida. Entonces me convencí de que había otras muchas cosas que hacer si me quedaba. Lo que ocurrió es que minimicé mi gusto por pasear y di prioridad a mi gusto por estar con ella en casa. Con el tiempo, la antepuse tanto a mí, que ya no necesitaba pasear, siempre prefería quedarme. Ella no podía valorar como un homenaje por mi parte el que yo me quedara, porque no sabía que lo fuera, yo simplemente no iba a pasear. Y, desde luego, no le expliqué mis motivos. De haberlos sabido, no me hubiera permitido quedarme, y eso me hubiera generado un malestar mayor, porque no podía hacer

lo que “de verdad me apetecía”, que era, a fin de cuentas, estar con ella en cualquier contexto; aunque adorara pasear, no quería hacerlo sin ella. Estoy segura de que no le va a gustar saber que me quedaba por ella, porque estaba haciendo un sacrificio que no me había pedido. Un sacrificio que yo no vivía como tal, lo hubiera pasado mucho peor si me hubiera pedido que me fuera –ella no me obligaba a quedarme, al contrario, me animaba a salir, sola o con otras personas, de hecho—. Fue mi dependencia amorosa la que me convirtió en un ser sumiso⁷. ¿Alba estaba ejerciendo poder sobre mí? Más bien performábamos género en nuestra relación amorosa. Mi concepción romántica del amor, adquirida en mi proceso de construcción como mujer, hizo que yo me pusiera en una situación de inferioridad y desplegara mis herramientas de resistencia de esa manera, hasta el punto de ser feliz en mi opresión. Incluso busqué estrategias y terminé acompañándola un trozo del trayecto al trabajo, a veces, con la excusa de sacar a la perra; aunque en realidad, lo único que yo quería era pasear con ella (María).

0000000000

Era NocheVieja y nos juntábamos en casa a cenar. Como anfitrionas, Alba y yo pensamos hacer un juego con lxs invitadxs. Escribimos una nota a cada persona diciéndole algo bonito para terminar el año con buen sabor de boca. Lo divertido de la situación era que cada quien tenía que encontrar su nota, previamente escondida, siguiendo una serie de pistas. Yo escribí la de Alba y la escondí. Cuando le tocó su turno, su pista decía, “*en su sitio, cariño, en su sitio*”. Dudé si la encontraría. Sin embargo, llegado el momento, sin titubear, se levantó y, decidida, se acercó al sofá, miró debajo, y... allí estaba su nota. Quienes se sentaban en la mesa, que nos conocían, se reían de la situación nada extrañadxs, porque sabían que si Alba había encontrado aquella pista a la primera, era porque, día tras día, yo le llamaba la atención diciéndole que siempre se dejaba los zapatos en medio y me veía obligada a recogerlos de debajo del sofá cuando barría, como si ese fuera su sitio.

La situación de género, en la línea de lo que vengo describiendo, está relacionada con mi rol de ama de casa y madre-cuidadora de todxs. Como yo me encargaba de las tareas, también conocía los desórdenes. Nuestra complicidad, en este sentido, es por la asunción del lugar que cada una tenía en la relación, que vista desde el binarismo de género, la ubica a ella en el de la masculinidad (María).

0000000000

“A la hora de hacer la comida por semanas. La compra por semanas. Básicamente..., pero hay aspectos que solo los hago yo. Eso me mosquea y me carga. Porque, además, la respuesta a eso es: “no, no, si no quieres hacerlo, ya se lo decimos a la chica que nos ayuda en casa”, pero ella no lo hace. Aunque eso venía de antes, eso no es nuevo, lo que pasa es que con un niño (son madres

⁷ Iba a decir que “fue mi decisión”, pero ¿con qué libertad había elegido yo quedarme? Pues no era libre si era dependiente emocionalmente.

biológicas de una niña) se multiplica la tarea, se ensucia mucho más, se lava mucha más ropa...”
(Ana).

oooooooooooo

“La gestión de las tareas con Reme..., muy fácil: yo hacía todo (risas). Reme tiene como..., a ver..., un exceso de hormonas masculinas para algunas cosas, (más risas), y para la casa pues es así. O sea, ella: “si quieres lo haces y sino, pues ya está, ... se queda sin hacer”. Ella trabaja de lunes a viernes por las mañanas, entonces, claro, cuando llega come, una siestecita, y ya luego pues..., se ducha, se pone de sport y a la calle. Llega el fin de semana, y digo yo, “pues, ahora vamos a limpiar...”. “¿Cómo??? ¿Que ahora, en el fin de semana que descanso, después de toda la semana, yo me voy a poner a limpiar?!!” Bueno, la verdad es que... es hasta gracioso, porque teníamos alguna trifulca con respecto a ese tema. Y luego, claro, yo me cansaba de que.... E iba aguantando, aguantando y un día ya explotaba. Y, entonces, ella cogía y se ponía a hacer las cosas. Hacía cuatro cosas, cuatro días, y al quinto día estaba otra vez igual. La comida la hacía yo, la compra la hacía yo, lavar, las lavadoras las ponía yo, planchar, planchaba yo... limpiar, limpiaba yo... Y cuando yo empiezo a trabajar, igualmente... Entonces, yo, claro, venía fundida de una guardia, y me tenía que poner a hacer todas las cosas, y ahí fue cuando protesté, digo, “mira, vamos a meter a una chica y ya está, se soluciona el problema”. “Ay, no, no, no, una chica no, ¿y nuestra intimidad, ¿qué?”. “¿Cómo que nuestra intimidad?” “Claro, porque ahora esta tía se entera...” (es una persona muy conservadora, y estaba en el armario). “¿Se entera de qué...?” (Lidia).

oooooooooooo

El heteropatriarcado no necesita la coerción de las instituciones para ejecutar su dominación. Lo hace generando flujos de subjetividad, de modo que, lxs propixs sujetxs sexuados son construidxs para desear la opresión sin ser conscientes de ello, es decir, seremos nosotrxs quienes busquemos el mandato, busquemos la heteronorma –anhelar lo que tiene la mayoría establecida–, de ahí que los dispositivos de poder –véanse el género, el amor, la sexualidad, el sexo o el parentesco– producen subjetividad y normativizan, aunque seamos lesbianas.

Wittig (2006) piensa que “sólo más allá de las categorías de sexo (mujer y hombre) puede encontrarse una nueva y subjetiva definición de la persona y del sujeto para toda la humanidad, y que el surgimiento de sujetos individuales exige destruir primero las categorías de sexo” (2006:41). De acuerdo con ella, parece que esto solo se pueda hacer destruyendo la heterosexualidad como institución. Así llegamos a un punto en común con Teresa de Lauretis (1993), “propongo un punto de vista o una posición discursiva excéntrica fuera del monopolio del poder/saber heterosexual masculino” (1993:7).

3.- Metodología: el desarrollo de la autoetnografía

Casi desde el principio del proceso, mi directora⁸ supo que la inquietud investigadora que le estaba planteando, tenía que materializarse en una autoetnografía. Y es que la comunidad a la que estudiaba era la mía (Mercedes Blanco, 2011; Carmen Gregorio Gil, 2014), y escribía desde mis vivencias dentro de ella, como reflejo de la *memoria encarnada* (Teresa del Valle, 1999:213). Con todo, si bien iba a abordar el tema desde mí, también quería que fuera con las voces de otras lesbianas, junto con la mía, como *memoria de los grupos mudos* (1999: 212), como se construyera el relato. Dona Haraway (1995) habla de conocimientos situados, dándole valor al lugar propio de enunciación, a los saberes parciales. Para eso me planteé la necesidad de hacer historias de vida entre mujeres lesbianas⁹, y que fueran sus “*imágenes y sus prácticas como parte no discursiva de la memoria*” (1999:213), desde donde fluyera la información.

El primer cuestionamiento al respecto, fue el término lesbiana. ¿Debía entender por lesbiana a una persona que, pensándose mujer, sintiera atracción afectivo sexual por otras mujeres? ¿Tal vez, debía seguir la definición que Wittig (2006) hacía del lesbianismo, y sólo acercarme a aquellas que sintieran que habían escapado de la categoría sexual mujer? Rosa, una de las personas que participaron en la investigación, y que había estado en relaciones lésbicas desde siempre, rompió mi inercia a la categorización en este sentido cuando, en una conversación en la que hablábamos sobre su novia, precisamente, me dijo: “es que yo no me defino como lesbiana. No me defino como nada. Solo me defino como matemática, que es lo que ha deformado mi cerebro” (Rosa). En ese momento comprendí que lo más importante no era la categoría. Sin embargo, yo necesitaba una taxonomía para centrar mi investigación. Así pues, me centré en quienes teniendo un cuerpo de mujer se pensaban mujer y/o lesbianas; quienes teniendo un cuerpo de mujer se pensaban lesbianas –aunque no se consideraran mujeres–; y quienes, teniendo un biocuerpo de hombre, se considerara lesbiana o mujer, y en cualquier caso, siempre que sintieran atracción afectivo sexual por otras mujeres y/o lesbianas.

El otro gran planteamiento, dado que quería investigar el seno de las relaciones, fue si entrevistaba a mujeres que formaran parte de una pareja. Entonces, me surgía la duda de qué era una pareja. Por otro lado, aún habiendo acotado el concepto, pensaba que, de centrarme en personas que estuvieran en pareja, perdería la experiencia de quienes, aunque no lo estuvieran, lo hubieran estado. Finalmente, opté por entrevistar a aquellas que en algún momento de su vida hubieran tenido una relación afectivo sexual lésbica.

⁸ Carmen Gregorio Gil doctora en Antropología. Actualmente profesora en la facultad de Antropología, así como en el Instituto Universitario de Investigación de Estudios de las Mujeres y de Género (Universidad de Granada). Responsable del Grupo de Investigación OTRAS.

⁹ En este “mujeres lesbianas” interpreto que son mujeres y son lesbianas si ellas se identifican así, e independientemente del biocuerpo que tengan; si bien, finalmente no ha participado en este estudio ninguna lesbiana con biocuerpo de varón, como no lo ha hecho ninguna persona transexual.

En esta línea, mi tercera cuestión fue, ¿necesitaba una muestra? Y de hacerlo, ¿quién la compondría? La tradición positivista (Carmen Gregorio Gil, 2014) en la que estamos inmersxs en el mundo académico, me decía que tenía que ser lo suficientemente representativa como para lograr un grado de objetividad eficaz. De hecho, la crítica que me hizo el tribunal en la presentación de la Suficiencia Investigadora, la primera vez que me acercaba a este tema, fue que no pensara hacer el estudio sobre las lesbianas que me rodeaban pues, de ser así, iba a realizar una tesis sobre mis amigas, y eso carecía de objetividad y, por tanto, de validez. Esto supuso un problema que me atormentó durante meses, llegando a paralizar mi trabajo de campo. No porque yo, de primeras, tuviera intención de hacer una tesis sobre mis amigas, como ellas me criticaban, sino porque haber trabajado en una asociación LGTB, y moverme por un ambiente lésbico y gay, me hacía conocer a tantas lesbianas, que me planteaba que, para mantener esta supuesta objetividad, tenía que desechar las experiencias de una cantidad importante de mujeres, sólo porque las conocía. Además, la búsqueda de otras lesbianas me iba a resultar mucho más complicada, teniendo en cuenta que el *ambiente* lésbico es pequeño, “...al final nos conocemos todas” (Pepa). Con todo, era consciente de que yo ya teorizaba mi trayectoria personal, y esto suponía subjetividad *per se*, ¿por qué sería menos válido trabajar con conocidas o con amigas? No fue hasta trasladarle de nuevo mis inquietudes a mi directora, que perdí el miedo a errar científicamente. Ella me animó a que no desdeñara las relaciones de amistad, pues podían suponer fuente de mucho conocimiento. En este caso, lo importante no era nuestra vinculación, ni el mayor número de la muestra, sino la aportación de su experiencia y el análisis que pudiéramos hacer de ella. El testimonio de Mari Luz Esteban (2004), que había utilizado válidamente para alguna de sus investigaciones entrevistas informales con amigas, fue muy importante en ese momento para avalar mis pretensiones. Posteriormente me he encontrado, dentro de los estudios feministas/lésbicos, con otras autoras que expresan, sin el miedo que sentía yo entonces –incluso con orgullo, diría–, el hecho de haber volcado en la teoría académica el conocimiento generado en/desde las relaciones con sus iguales. Virginia Cano (2015) lo cuenta con mucha elocuencia:

“Esta ética tortillera surge del encuentro ineludible (personal, intelectual, ético y político) con mis amigas y compañeras tortilleras y militantes. El activismo lésbico es, sin lugar a dudas, el prisma (la práctica epistemológica, el locus del deseo y el ejercicio colectivo) que ha posibilitado estos ejercicios filosóficos y narrativos (...) En lo personal, y lo personal es textual, la viscosidad de esta lengua tortillera no sería posible sin el flujo arrollador de mis amigas, compañeras y amantes lesbianas.” (2015,120-121).

La petición de colaboración entre las lesbianas de mi alrededor fue muy bien acogida. La única resistencia con la que me encontré, si es que a eso se le puede denominar resistencia, fue una inquietud común, y es, qué podrían aportar ellas a una investigación. Por un lado, me cuestionaban el hecho de que las entrevistara como lesbianas, es decir, como colectivo invisibilizado que ha vivido la mayoría de su vida en los márgenes, excluido y discriminado. ¿Por qué iba a interesarle a nadie lo que pudiera decir una lesbiana, y más en el contexto de la academia? Supongo que si hubiera querido entrevistarlas por algo como su profesión, por ejemplo, parecería estar más justificado, si en ese campo tuvieran algo que aportar. En segundo lugar, me preguntaban, cómo podía contribuir a “una investigación” la cotidianidad de una persona, y mucho menos la de ellas, que no habían hecho nada socialmente relevante. “Al menos tú has militado en la Asociación durante un montón de años,

¿pero yo...?” (Pepa). Entiendo que, como me había ocurrido a mí, tenían inserto en su imaginario el positivismo científico, sin poder imaginar como válido en este contexto, ninguna investigación que no siguiera los parámetros marcados por este paradigma. Por eso, las palabras “investigación o tesis” nos suenan muy grandes. Nadie suele presuponerle rigor a la opinión, la experiencia, el pensamiento o el recuerdo de una persona corriente (Teresa del Valle, 1999).

Una vez que me encontraba de lleno en el trabajo de campo, otra de mis dudas fue: ¿qué recojo en mi diario? En una clase de metodología la profesora explicó que cuando hacía su tesis, que fue una etnografía de la sociedad de un país extranjero, ella lo apuntaba todo. Esto me generó gran inquietud pues, siguiendo su ejemplo, para hacer mi diario de campo correctamente, yo tendría que levantarme cada mañana, e ir reseñando cuanto hiciera, pensara u observara, dado que era mi vida la que estaba volcando en la investigación. Me relajé al comprender que ella realizaba una etnografía, y que necesitaba recoger toda la información antes de abandonar el país, mientras que lo que yo hacía era una autoetnografía, era imposible que lo apuntara todo, más bien, necesitaba un gran ejercicio de reflexividad y extrañamiento (Lins, 1989).

El proceso de las entrevistas fue complicado en algunos aspectos, aunque muy estimulante en otros. Si bien no con todas las informantes mantenía una relación estrecha, esto fue cambiando a lo largo del proceso. Al final, después de haber tenido varios contactos para concertar las citas, y conversar sobre temas tan íntimos como son sus vidas privadas, mi círculo de amistades se vio francamente ampliado (Carmen Gregorio, 2014: 303). Esto favoreció que me planteara conscientemente dejar de denominarlas “informantes”, pues, no sólo colaboraban conmigo. Mis amigas, mis amantes, mis ex amantes, mis compañeras de militancia y yo, nosotras, participábamos en la investigación juntas (Virginia Cano, 2015). Así, lo que empezó siendo una investigación que se servía de las entrevistas formales, con el transcurso del tiempo, se fue ampliando, y las inquietudes surgidas por un tema que, al fin y al cabo, nos afectaba a todas, de una manera u otra, nos las llevamos a conversaciones informales de sobremesa, cafés y marchas. Esto ha sido una de las consecuencias más agradables de la investigación, pues en esas conversaciones, juntxs hemos generado conocimiento nuevo más allá de la academia. Un conocimiento que ha ido circulando por otros grupos y contextos, cuando la gente llevaba nuestros temas de discusión más allá de nosotras, a espacios más normativos. Se cumplía así uno de mis objetivos de tesis, que era poner el tema sobre la mesa y generar debate en espacios informales, para llegar a más gente.

Con todo, trabajar con mis amigas, sobre todo en la parte más formal de las entrevistas, me trajo ciertos conflictos éticos. El grado de intimidad de algunas preguntas favoreció la sinceridad en las respuestas. Y esto me puso en una tesitura en no pocas ocasiones, ¿cómo comportarme en ese contexto, como la amiga o como la investigadora? Entendía que mi papel ahí no era el de una amiga, pero tampoco podía dejar llorar a alguien, con quien, además, mantenía un vínculo estrecho, si se estaba abriendo a mí. Cuando me hice consciente de esto, y se producía la situación, entonces detenía la grabación –como si fuera la máquina la que me otorgara el rol de entrevistadora–, y

aparecía la amiga, que se comportaba de forma más cercana, menos neutra, al fin y al cabo, garantizándole que lo que estaba diciendo, no iba a aparecer en el trabajo. Esto, por otro lado, resultaba nefasto para mí, pues generalmente se trataba de las situaciones relacionadas con escenas de desigualdad en sus relaciones, las que les generaban malestar, y yo no podía dar cuenta de ellas en el texto.

En otras ocasiones, ha ocurrido que, al comentarles sobre qué iba la investigación, ellas –amigas o no–, han determinado, bien lo que me iban a decir, bien lo que pensaban que yo quería escuchar. De modo que, cuando me daba cuenta, me veía obligada a buscar maneras alternativas para obtener la información que necesitaba. Esto me ha ocurrido sobre todo con las madres lesbianas. Y es que, ser madre es lo que las hace más especiales. Parece que, dada la normalización de la homosexualidad en nuestro país, la maternidad lésbica debía ser lo único relevante teóricamente de cara a una investigación científica; lo que las hizo pensar que era esto lo que me llevaba a entrevistarlas. Sin embargo, mi interés en ellas no era por el hecho de la maternidad en sí. Sino, el modo específico de relacionarse –entre las partes de la pareja, y éstas y la sociedad– en este contexto, que era para mí lo suficientemente heteronormativo como para devolvernos a la heterosexualidad obligatoria y, por tanto, un lugar en el que performar género.

Para terminar, una de las inquietudes que más me han perseguido a la hora de empezar a redactar el trabajo de investigación, no ha sido el hecho de escribir en primera persona –al principio del singular, después del singular y del plural–, que sería coherente, dado el trabajo autobiográfico. Más bien, me ha resultado éticamente complicado el uso de un lenguaje cercano, asequible para todxs. Y es que uno de mis objetivos como investigadora, fue adquirir un compromiso con mis iguales. Por eso, además de incluirlas en la investigación para la generación conjunta de conocimiento desde abajo, yo pretendía que el texto final fuera de acceso público a todas las lesbianas, independientemente de su nivel de formación. Por otro lado, me preocupaba la exposición de fragmentos, consecuencia de nuestra reflexividad y la evocación del recuerdo (Teresa del Valle, 1999) que, como decía arriba, podrían parecer producto de otras disciplinas más literarias y artísticas (Mercedes Blanco, 2012) que de conocimiento científico. La constante del cientificismo positivista me hizo cuestionarme, si esta manera de proceder era pertinente para la validez del trabajo. Finalmente, asumiendo las consecuencias, decidí que sí.

4.- Conclusión

Lamentablemente, y a pesar de todos los avances sociales, la sociedad no ha mejorado lo suficiente como para que el uso del concepto de género encarnado quede obsoleto. Así, las mujeres, sólo por el hecho de serlo, siguen viviendo situaciones de subordinación respecto de los hombres; la violencia de género es el caso más flagrante. Sin embargo, no podemos olvidar que la biología no es destino, y que no es la relación de un hombre (malo) con una mujer (buena) lo que genera desigualdad. Sino, más bien, la mala interpretación que socialmente se ha dado de construcciones como la masculinidad

y la feminidad, y su interrelación, lo que provoca desigualdad de género. De otro modo, todas las relaciones heterosexuales pondrían en un potencial peligro a las mujeres, y no lo hacen.

Esta mala interpretación me hizo hacer un paralelismo en cuanto a heterosexualidad y roles de género dentro de las parejas de lesbianas, clasificando comportamientos y estéticas, y asignándoles un valor, positivo o negativo en relación con la masculinidad y la feminidad respectivamente. Conocer las argumentaciones teóricas alternativas de feministas y pensadorxs gays y lesbianas, me hicieron ver que, para entender nuestra realidad, hemos de salir de los cuerpos y centrarnos en el contexto en el que se gestan nuestras relaciones. Así, dado que nacemos y vivimos en un mundo heteropatriarcal, ordenado por dispositivos de poder, que marcan las disciplinas de sus instituciones, donde el género es la primera clasificación, no es difícil que en el desempeño de estas normas, construyamos una realidad heteronormativa indistintamente del cuerpo con el que nacimos, indistintamente del sexo de la persona con la que nos relacionamos.

Con esto quiero matizar que, posiblemente, será necesario seguir entendiendo varios conceptos de género, entre otra cosas, porque para algunas leyes siguen estando en vigor el de género encarnado en los cuerpos. Pero no podemos olvidar que hay situaciones de poder que no se pueden medir desde los cuerpo sexuados que marca la heteronormatividad, sino desde la complejidad de los mecanismos que determinan sus dispositivos de poder generizado, que promueven la reproducción del sistema a su imagen una y otra vez.

En cuanto a la metodología de esta investigación, a pesar de haber utilizado la autoetnografía con miedo, pensando que me saltaba las normas establecidas por el positivismo académico, su uso me ha reportado toda una serie de recompensas, como el cerciorarme de que, incluso hasta en la academia se puede generar conocimiento, saliendo del discurso normativo. Aunque ese conocimiento no se geste en un laboratorio o en un programa estadístico desde unos datos cuantificados y categorizados, ni desde la mano de una persona “con autoridad académica”, sino desde quienes cuentan con la voz para narrar sus experiencias, contribuyendo a mostrar, desde diferentes miradas, la imagen de una realidad alternativa. Si bien el proceso ha estado sembrado de dudas e incertidumbres a la hora de tomar decisiones, no sólo en cuanto a la forma de realizarlo, sino también en cuanto al contenido, las consecuencias, tanto a nivel personal, como para quienes de una manera u otra se vieron afectadas por esta tesis, fueron realmente muy positivas.

Referencias Bibliográficas

Aldarte (2010). "Ver, Evaluar y Actuar. La violencia en las relaciones lésbicas y homosexuales". Documento de Trabajo. Bilbao: Asociación Aldarte.

Alfarache, A. (2003). *Identidades lésbicas y cultura feminista. Una investigación antropológica*. México: Plaza & Valdés.

Blanco, M. (2011). "Investigación narrativa: una forma de generación de conocimientos" en *Nueva Epoca*, 67: 135-158. México: UAM.

_____ (2012b): "Autoetnografía, una forma narrativa de generación de conocimientos" en *Andamios, Revista de investigación social*, 9 (19): 49-74. México: UAM.

Butler, J. (1990). *El Género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Ed. Paidós.

_____ (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

Cano, V. (2015). *Ética Tortillera. Ensayos en torno al éthos y la lengua de las amantes*. Buenos Aires: Ed. Madreselva.

Cruz, MA.; Reyes, MJ.; Cornejo, M. (2012): "Conocimiento situado y el problema de la subjetividad del investigador/a" en *Cinta de Moebio*, 45: 253-274. Universidad de Chile.

De Lauretis, T. (1993). "Sujetos excéntricos: la teoría feminista y la conciencia histórica". En María Celia Cangiano y Linda Dubois (eds.) *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*: 73-114. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Del Valle Murga, T. (1995): "Metodología para la elaboración de la autobiografía" en C. Sanz Rueda *Invisibilidad y presencia. Seminario Internacional de Género y trayectoria profesional del profesorado universitario*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid.

_____ (1999): "Procesos de la memoria. Cronotopos genéricos" en *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 19: 211-225.

Enguix, B. (2014). "Negotiating the field: Rethinking ethnographic authority, experience and the frontiers of research". *Qualitative Research*, 14 (1): 79-94.

Espinosa, Y. (2007). *Escritos de una lesbiana oscura. Reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*. Buenos Aires: Ed. Violeta Barrientos.

Esteban, M L. (2004 a). *Antropología del Cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Edicions bellaterra.

Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*. México: Ediciones la Piqueta.

Fraser, R. (1993): "Historia oral como historia desde abajo" en *Ayer*, 12: 79-92.

Gimeno, B. (2006): "Los malos tratos en parejas homosexuales. Una perspectiva lésbico feminista". En <https://beatrizgimeno.es/2006/11/24/violencia-en-parejas-del-mismo-sexo-una-perspectiva-lesbico-feminista/>. Accedido el 7 de mayo de 2015.

Gregorio Gil, C. (2014): "Traspasando las fronteras dentro-fuera: Reflexiones desde una etnografía feminista" en *Revista de Antropología Iberoamericana*, 9 (3): 297-322

_____ (2006): "Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder" en *AIBR. Revista Antropológica Iberoamericana*. Ed. Electrónica, 1 (1): 22-39.

Haraway, Donna J. (1995). *Ciencia, cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ed. Cátedra.

Lins Ribeiro, G. (1989): "Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica" en *Cuadernos de Antropología Social* Sección Antropología Social, 2 (1): 65-69. Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Filosofía y Letras, UBA.

Beltrán, E. y Maquieira, V. (eds.) (2008). *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Ed. Alianza.

Molina Petit, M. (2000). "Debates sobre el género". En Celia Amorós (ed.) *Feminismo y Filosofía*: 255-286. Madrid: Ed. Síntesis.

Platero Méndez, L. (2012). *Intersecciones: Cuerpos y sexualidades en la encrucijada*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*. México: Ediciones la Piqueta.

Rich, A. (1996). "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana". *DUODA. Revistas d'Estudis Feministes*, 10.

Scott, J. W.(1992). "Experiencia". *La ventana*, 13: 42-74.

_____ (2011). "Género, ¿Todavía una categoría útil para el análisis? *Revista La manzana de la discordia*, 6 (1): 95-101.

Warner, M. (1991). *Fear of a queer planet*. Minnesota: University of Minnesota Press.

Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Ed. Egales.